

FUNDACION DE ZACATECAS.

DESCUBRIMIENTO DE LAS MINAS.

Al hablar del Mineral de Fresnillo, en uno de mis artículos anteriores, hice ligera memoria de la rapidísima visita que hizo á Zacatecas, guiado por el cacique de Acatic, el Capitán español Don Pedro Almendes Chirinos, quién llegó hasta el sitio en que está hoy la ciudad, *en cuyos cerros y la Bufa halló unos gandules en sus toritos, que en su desnudo manifestaban ser osados, porque ni siquiera se sobresaltaron*, por lo cual y por haber creído que aquella tierra debía ser muy miserable, porque era escarpada y carecía de vegetación, se volvió Chirinos á toda prisa por Jeréz y Tlaltenango con sus ochenta guerreros españoles, más de mil tlaxcaltecas y doscientos indios cargueros de Acatic que conducían los bastimentos.

Los Zacatecos vivían de la caza y como montañeses eran ágiles, animosos y atrevidos en la guerra, de lo cual dieron repetidas pruebas en sus largas y sangrientas luchas con los españoles. Varios historiadores dicen vagamente que los conquistadores hicieron algunas entradas á Zacatecas desde 1535 en adelante; pero parece que estas expediciones no llegaron hasta la Bufa; pues los indios Nayaritas y Zacatecos se fortificaron varias veces en los cerros de Nochixtlán y el Mixtón, obteniendo contra los españoles algunos triunfos importantes, entre los que se menciona la derrota del intré-

pido conquistador Pedro de Alvarado, acaecida el 24 de Junio de 1541, hasta que el Virrey Don Antonio de Mendoza con un ejército numeroso y aguerrido tomó aquellas célebres fortalezas en Febrero de 1542, después de un sitio dilatado y desastroso.

Pasaron todavía algunos años sin que Zacatecas fuese ocupado por los españoles, porque tenían muy triste idea de los elementos de riqueza de la tierra; pero el descubrimiento de las minas del Espíritu Santo y Xaltepec en Compostela, las de Huauchinango, Xocotlán, Culiacán y Eatzatlán, juntamente con las vagas noticias que los frailes franciscanos recibían de los cascanes sometidos, sobre la riqueza mineral de la serranía de Zacatecas, determinaron á los españoles de Nueva Galicia á establecer una población en la cañada que forma hoy la ciudad. A este fin tuvo Don Cristobal de Oñate, Gobernador de la Nueva Galicia, varios parlamentos con algunos conmitones suyos y formó con ellos una liga para ir á descubrir los ricos criaderos metalíferos zacatecanos.

Esta expedición fué felizmente encomendada al experto y valeroso capitán Don Juan de Tolosa, quien con alguna gente de guerra, un sacerdote franciscano, un centenar de indios cascanes y algunos naborías de Juchipila emprendió su marcha por los riscos y quebradas de la serranía de Zacatecas y logró asentar su Real al pie del cerro de la Bufa, el día de la Natividad de Nuestra Señora, 8 de Septiembre de 1546.

Los Zacatecos tenían siempre fortificado el Peñón de la Bufa, porque en los frecuentes y reñidos combates que sostenían con las tribus enemigas, algunas veces les había servido de seguro refugio aquella fortaleza, donde existen veneros de agua potable y en cuyas cuevas y edificios primitivos almacenaban armas y municiones de guerra y víveres para su sostenimiento. Al ver á los españoles en los lindes del picacho, se congregaron los indios en las alturas y comenzaron á requerir sus armas, manifestándose hoscos, re-

sueltos y hasta hostiles; pero el capitán Don Juan de Tolosa, bravo y entendido en la guerra, era también prudente y mesurado en todas sus determinaciones; así es que, antes de comprometer su gente y su prestigio en un lance que consideraba peligroso, mandó decir á los Zacatecos, con algunos indios de Juchipila, que venía á brindarles con la paz y á hacer con ellos amistades, procurandó que se sometieran al Emperador y se instruyeran en la religión católica.

Los indios no recibieron muy bien esta embajada y se negaron á contestarla; más el prudente Capitán español, como hombre de buen consejo, continuó invitando á los Zacatecos para que bajasen á parlamentar con él. Después de esto fueron bajando de la Bufo, poco á poco y con la desconfianza natural, algunos caciques Zacatecos, á quienes abrazaba y agasajaba Don Juan de Tolosa, brindándoles con su escaso alimento, regalándoles algunos objetos de poco valor y haciéndoles brillantes promesas de libertad, de abundancia y de riqueza para el porvenir. Los indios se resistían á hacer las paces temerosos de las resultas, especialmente por lo que respecta á las encomiendas; pero habiendo intervenido en las pláticas el sacerdote, ofreciendo garantizar las promesas del Capitán, cedieron al fin los indios después de ocho días de largos y frecuentes parlamentos. Entonces bajaron del Peñón los caciques principales y sellaron la paz con los españoles sirviéndoles espléndidos banquetes en el Real; pues había en abundancia semillas de varias clases, pavos, venados, jabalíes y otros muchos animales de caza que, á pesar de no tener más condimentos que el fuego y la sal, parecieron deliciosos al maltratado paladar de los europeos, de quienes dice un escritor zacatecano de principios del siglo pasado *que les parecía averse excedido en lo espléndido del banquete y dexado cortos á los Epicureos, y Eleogavalos.*

Los españoles queriendo conmemorar más tarde estas paces, que consideraban de grandísima importancia, establecieron una fiesta solemne, que consistía en enarbolar en los

días 7 y 8 de Septiembre el estandarte real que acompañaba la nobleza en un paseo á caballo por la ciudad.

Con la actividad ejemplar con que los conquistadores emprendían y realizaban todas sus obras, comenzaron la edificación de la ciudad, auxiliados con eficacia y buena voluntad por los naturales que, á medida que avanzaba el tiempo, iban congregándose en la población. Más de un año hacía que el Capitán español se ocupaba en esta faena y estaban ya muy adelantadas las obras urbanas, cuando comenzó á exhortar á los Zacatecos para que le mostrasen los criaderos metálicos que existían en aquella serranía, según pregonaba la fama entre los cascanes.

Es bien sabida la repugnancia de los indios para descubrir las minas á los españoles; así es que se resistieron por algún tiempo á los halagos y las promesas de Tolosa; pero cedieron al fin á sus instancias, tanto porque los atraía con su trato afable y cariñoso, cuanto porque se compadecían de las penas y trabajos que pasaban los españoles andando por aquellos cerros en busca de las vetas que no conocían; y los Zacatecos comenzaron á llevar muestras minerales al Capitán, quien participó este suceso plausible á Cristóbal de Oñate, que residía en Guadalajara y que en pocos días llegó á Zacatecas el 20 de Enero de 1548, en compañía de Baltazar Temiño de Bañuelos y Diego de Ibarra, todos miembros de la liga formada en Guadalajara para el descubrimiento de las minas zacatecanas.

Como algunos historiadores no están de acuerdo en las fechas de los sucesos que voy narrando, copiaré aquí letra por letra un letrado que existía en la Parroquia de Zacatecas, Capilla de los Reyes, construída á expensas de Baltazar Temiño de Bañuelos.

“Año de 1546, día de la Natividad de Nuestra Señora, á 8 de Septiembre, entré en estas Minas yo Joannes de Tolosa, y año de 1548, día del Señor San Sebastián á 20 de Enero, entré yo Balthassar Temiño de Bañuelos en estas minas: y

en este mismo año día del Señor San Bernabé, á 11 de Junio se descubrió la Beta de San Bernabé, que fué la primera Beta de Plata, que se descubrió, y en este mismo año día de San Benito, se descubrió la Beta de la Albarrada de San Benito; y en este mismo año día de Todos Santos, se descubrió la Beta de Pánuco, y por averse quemado la Yglesia Parrochial año de 1622 á 4 de Diciembre, reedificó esta Capilla Doña Cathalina de Oñate, Rivadeneyra, Viuda de Don Diego Temiño de Bañuelos.”

Excusado es decir que con estos descubrimientos entró Zacatecas en plena bonanza y alcanzó un grado de prosperidad envidiable, llamando con sus cuantiosas riquezas la atención del orbe entero.

Fué la segunda ciudad de este Nuevo Mundo, erigida por el Rey Don Felipe II, según la real cédula expedida en Monzón el 17 de Abril de 1585.

En 1587 se estableció el Ayuntamiento, á cuya Corporación, lo mismo que á la ciudad, se le concedieron los privilegios que gozaban las de Castilla y la de México. Su primer corregidor nombrado en 1580, fué Don Félix de Guzmán y Avellaneda. El primer Cura fué Don Fernando Maldonado, y la Iglesia Parroquial se comenzó á edificar en 1567, con el fondo de las cofradías, la cual se quemó en 1622, habiendo sido reedificada después.

El Rey de España Don Felipe II, le dió á Zacatecas el título de Muy Noble y Leal Ciudad en su real cédula expedida en San Lorenzo á 20 de Julio de 1588.

En otra Real Cédula de la misma fecha se concedió á la ciudad blason de armas en esta forma: “Por ende, por la presente hago merced á la dicha ciudad, de que agora, y de aquí en adelante, haga, y tenga por sus Armas conocidas un Escudo, y en él una Peña grande, por estar fundada al pié de otra, que se llama *Bufa*, y en lo más eminente una Cruz de plata, y en una parte la más acomodada de la misma peña, una Imagen de Nuestra Señora por aver descubierto aquel

Cerro, y peñasco en el día de su glorioso Nacimiento Joannes de Tolosa; y más abajo una cifra coronada de oro que diga Phelippe, para que siempre haya memoria de haverse intitulado, y ennoblecido dicha ciudad en el tiempo, que por la misericordia de Dios, yo reino: y en los dos extremos de lo más alto del escudo el Sol y la Luna; y en la falda de la peña quatro Retratos de Personas en campo de Plata, por memoria de Joannes de Tolosa, Diego de Ibarra, Balthassar de Bañuelos, y el Capitán Cristóval de Oñate, primeros cuatro descubridores de dicho Cerro y Peñasco, y pobladores de dicha ciudad; y debaxo un letrero que diga LABOR VINCIIT OMNIA y en la orla cinco arcos que son las armas que vsan los indios, las que ponga en Pendones, Estandartes, y demás partes, que gustare.”

El Capitán Don Juan de Tolosa era caballero vizcaino, fué conquistador, fundador de las ciudades de Zacatecas y Sombrerete, de las Villas de San Martín y Avino y de las Salinas de Santa María en la Galicia. Casó con Doña Leonor Cortés de Moctezuma, hija del Marqués del Valle, ó sea Hernán Cortés.

Cristóbal de Oñate era descendiente de la antigua é ilustre casa de Narriahondo, en la Villa de Oñate de la Provincia de Avalos. Fué gobernador, Capitán general, conquistador del Nuevo Reino de Galicia y uno de los fundadores de Zacatecas, donde era tanta su grandeza y poderío que en su casa tenía una campana que se tañía todos los días para llamar á los que quisieran ir á comer á su mesa, esplendidez y generosidad que duró toda su vida.

De Don Diego de Ibarra se sabe que era también vizcaino y cántabro como los anteriores y llevaba sobre su noble pecho la Cruz de Santiago.

Don Balthassar Temiño de Bañuelos era descendiente de la casa principal de Temiño en Bureba, en el reino de Castilla la Vieja. Fué muy rico como los anteriores, desde el descubrimiento de Zacatecas, y murió el año de 1600.

No son ciertamente los títulos nobiliarios de la ciudad de Zacatecas y de sus fundadores los que me han estimulado á minar con tanto empeño en busca de los antecedentes relativos á su antigua fundación, sino el deseo que tenía de dar á conocer la importancia del descubrimiento de las minas, que contribuyeron de una manera eficaz, con sus cuantiosos productos, á robustecer los fundamentos de la conquista en el orden político y económico.

DESCUBRIMIENTO DE LAS MINAS

Y FUNDACION DE GUANAJUATO.

He hablado algunas veces, en el curso de estos relatos históricos, de Pedro Alméndez Chirinos, Veedor de la Real Hacienda y Magistrado del Tribunal de Cuentas de la Nueva España, inaugurado el año de 1524 por orden del Emperador Carlos V.

Chirinos se hacía pasar por gran amigo de Cortés, y le adulaba en cuantas ocasiones se le presentaban, aunque en realidad sólo atendía á su propia conveniencia. Le acompañó, durante algunas jornadas, en su penoso y dilatado viaje á Honduras, y cuando el Capitán General supo que Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz cometían muchos abusos y tropelías en el Gobierno de México, que les había encomendado, nombró á Gonzalo de Salazar y á Pedro Alméndez Chirinos asociados al Gobierno, con orden de deponer á Estrada y Albornoz, si resultaban ciertas las acusaciones que contra ellos se hacían. Apenas llegaron á México Salazar y Chirinos fueron aprehendidos y enjaulados, á guisa de fieras, por sus compañeros de Gobierno, de los cuales lograron pleno desquite más adelante, eficazmente auxiliados por los numerosos partidarios de Cortés, á quienes traicionaron después con la mayor villanía, sacrificando inhumanamente á los principales.

Más tarde se unió Chirinos á Don Nuño de Guzmán y le acompañó á la conquista del Reino de la Nueva Galicia.